



CARI /
**ASUNTOS
GLOBALES**

Número 1
Diciembre 2024

Potencias Medias

**Las potencias medias frente al
cambio climático**

Federico Merke

Las potencias medias frente al cambio climático



Federico Merke

Profesor asociado en la Universidad de San Andrés, donde dirige la Maestría en Política y Economía Internacionales, e investigador del CONICET. Sus temas de investigación se centran en la geopolítica, el cambio climático y la política internacional de América Latina. Correo de contacto: fmerke@udesa.edu.ar

¿Cuánta geopolítica podrá resistir el planeta? El cambio climático demanda una política planetaria (Patrick, 2022), pero la geopolítica es fundamentalmente un juego de grupos que reduce el círculo de la empatía y la información. Por definición, la descarbonización de nuestras economías tiene el potencial de ser un juego en donde todos ganan al proporcionar beneficios globales compartidos, pero la transición hacia este estado ideal está profundamente influenciada por dinámicas geopolíticas que pueden convertirlo en un juego de suma cero. El planeta y el mundo, de este modo, parecen ir en direcciones contrarias. Mientras el primero nos muestra cada vez más de qué manera se van vinculando globalmente la pérdida de biodiversidad y el calentamiento global, el segundo nos muestra cada vez más de qué manera se van fragmentando los espacios de cooperación global, los intereses comerciales o tecnológicos y las preferencias acerca de la democracia o los derechos humanos.

En este contexto, las potencias medias se encuentran en una encrucijada: podrían actuar como puentes entre la urgencia climática y los intereses nacionales fragmentados que predominan en la geopolítica contemporánea. Mientras las grandes potencias, como Estados Unidos y China, parecen atrapadas en un juego de competencia por la hegemonía tecnológica y económica, las potencias medias tienen la posibilidad de asumir un rol moderador, ofreciendo vías de cooperación y soluciones pragmáticas. Países como Brasil, Australia, Corea del Sur o Noruega, con sus abundantes recursos naturales o capacidades tecnológicas, podrían proponer modelos de transición que eviten la polarización extrema entre las grandes potencias.

Sin embargo, el camino no es sencillo. La concentración de poder en las principales economías implica que estas potencias medias enfrentarán limitaciones considerables para influir en los grandes debates climáticos, desde las reglas del comercio de emisiones hasta las disputas por el acceso a tecnologías limpias. Ade-

más, su margen de maniobra se verá condicionado por presiones internas, como las demandas de crecimiento económico y desarrollo industrial. El desafío, entonces, no es solo cuánta geopolítica podrá resistir el planeta, sino cuánta política climática pueden articular las potencias medias frente a los obstáculos impuestos por un orden internacional que se fragmenta mientras el reloj del cambio climático sigue corriendo.

1. El poder y la acción climática

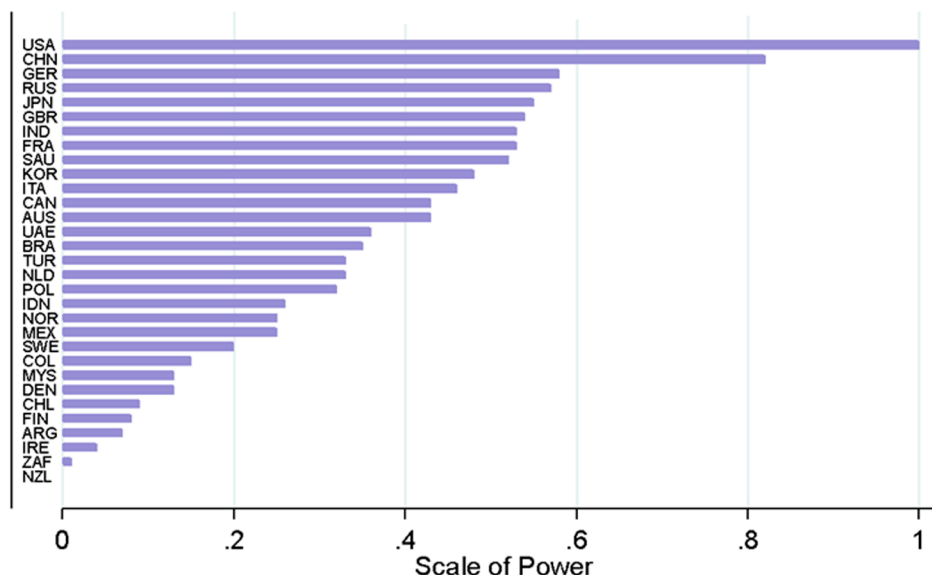
¿Quiénes son y cuántas son las potencias medias? La discusión sobre el poder global y por cómo clasificar a los países según su posición en ese continuo de poder es un tema recurrente en el campo de las relaciones internacionales. Se parte de la premisa de que el poder se distribuye de manera desigual entre los Estados, con ciertos países que acumulan recursos significativamente mayores que otros. Este poder puede medirse en función de variables conocidas como la capacidad económica, militar, tecnológica y diplomática. Sin embargo, más allá de la mera desigualdad en la distribución del poder, es común hacer divisiones a lo largo de esa distribución. A menudo, se utilizan puntos de corte en determinados deciles de la curva de poder para categorizar a los países. Esto permite diferenciar entre grandes potencias, que tienen una influencia decisiva a nivel mundial; potencias medias, que juegan un papel relevante en sus regiones o en temas específicos, y potencias pequeñas, cuyo poder e influencia se restringen en mayor medida al ámbito local o regional. Estas clasificaciones no son estáticas, sino que pueden alterarse con el tiempo, reflejando las dinámicas cambiantes de la política internacional y el desarrollo de los Estados.

Para establecer un *ranking* de poder mundial, tomé como punto de partida el enfoque propuesto por Michael Beckley (2018), quien sugiere que una forma eficaz y precisa de medir el poder de los países consiste en multiplicar volumen por eficiencia, algo que se puede hacer fácilmente cruzando el PBI con el PIB per cápita. Para complementar esta medida, incorporé el gasto militar, dado que este indicador aporta una dimensión crítica para entender la capacidad de un Estado de proyectar su poder en el sistema internacional. Posteriormente, combiné estos tres factores y calculé un promedio geométrico para obtener un índice compuesto que refleja el poder global de cada país de manera equilibrada. Para evitar trabajar con números extremadamente largos que surgen de multiplicar PBI por PIB per cápita, transformé los valores a logaritmos y los escalé luego de mayor a menor, siendo el mayor 1 y el menor 0. El resultado se muestra a continuación.

Como se puede apreciar, y como era de esperar, Estados Unidos y China lideran la escala de poder. Aunque aún existe una distancia importante entre China y Estados Unidos, la distancia entre ellos es menor, sin embargo, a la distancia existente entre ellos dos y los demás Estados. En función de estos datos parece seguro señalar que solamente hay dos grandes potencias y que a partir de ahí comienza un grupo extenso y heterogéneo de países con un poder relativo menor a Estados Unidos y China, pero mayor que a la mayoría de los Estados. Dentro del grupo, se podría identificar a seis países que lideran este segundo nivel: Alemania, Rusia, Japón, Gran Bretaña, India y Francia. Este grupo podría entrar en la categoría de

potencias globales: tienen alcance y proyección global, pero no son grandes potencias como sí lo son Estados Unidos y China, que juntas concentran poco más del 40 por ciento del PBI global.

Gráfico 1. La escala de potencia



Fuente: Geometric mean of GDP ppp, GDP per capita and Military Expenditure (current). Data taken from the World Bank

Si aceptamos esta clasificación, las potencias medias aparecen inmediatamente después, con Arabia Saudita, Corea y los que siguen en la lista. Acá surgen dos observaciones. En primer lugar, esta clasificación no deja de ser arbitraria, pero igualmente ofrece una jerarquía de poder que en principio sería poco discutida. En segundo lugar, no es claro en dónde poner el corte. Cuando la literatura especializada habla de potencias medias suele hablar de un número entre 20 y 25 países, que coincide con mi selección. Ante la duda, opté por un criterio algo generoso más que nada con el objetivo de introducir a Sudáfrica en la lista, un país que suele ser mencionado como una potencia media.

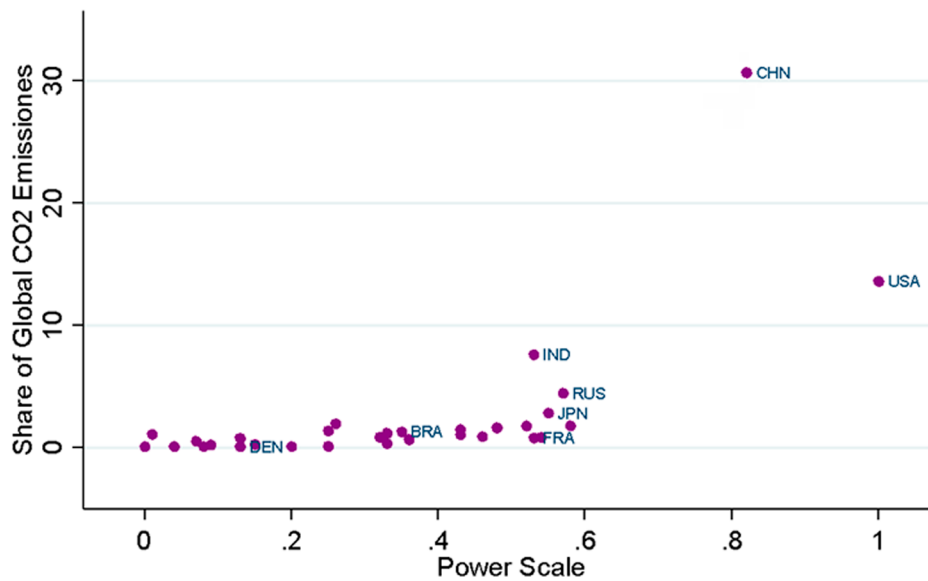
Una vez seleccionados estos países, me propuse examinar cuánto aporta cada uno a las emisiones de carbono a nivel global, asumiendo que, a mayor aporte, más negativo es el poder ambiental del país. Como se aprecia en el gráfico 2, las grandes potencias son, también, grandes emisoras. De hecho, una correlación entre poder y emisiones arroja un coeficiente de 0.63 altamente significativo ($p=0.00$). Estados Unidos y China emiten poco más del 40 por ciento de las emisiones, y es China el país que más emite por lejos.

Las emisiones no solamente están vinculadas con el tamaño de la economía, sino también con la energía que demanda un gran poder militar. Neta Crawford (2022), una experta en defensa, estimó que el Departamento de Defensa de los Estados Unidos es el mayor usuario institucional de petróleo del mundo y, por lo tanto, el mayor emisor institucional (o sea, que no es un Estado, sino una institución del Estado) de gases de efecto invernadero del mundo. En su análisis de las emisiones, Crawford estimó que entre 1975 y 2018, las emisiones totales del Departamento de

Defensa fueron de más de 3685 millones de toneladas métricas de CO₂. Para contextualizar, pensemos que estas emisiones superan al total acumulado de emisiones de Chile entre 1895 y 2020. En 2017, el Pentágono (sumando sus instalaciones y todas sus operaciones dentro y fuera del país) emitió más gases que Suecia o Portugal.

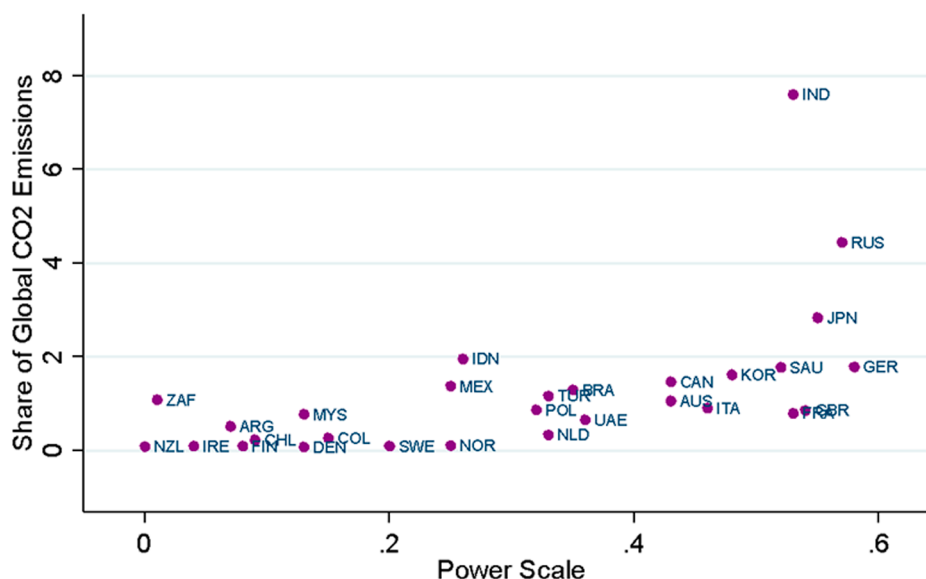
Las 6 potencias globales, por su parte, emiten cerca del 12 por ciento del total de emisiones. Y luego ingresan las potencias medias, que en promedio emiten 0.8 por ciento cada una del total de emisiones. El gráfico 2 muestra lo mismo que el gráfico 1, pero sin Estados Unidos y China. Esto sirve para apreciar mejor las diferencias entre las potencias globales y las potencias medias. Al excluir China y Estados Unidos, surge claramente la diferencia entre la India, Rusia y Japón, aunque en menor medida, y el resto de los países. Aunque es potencia global, Alemania está a la altura de otras potencias medias, lo mismo que sucede con Gran Bretaña y con Francia. El recorrido de descarbonización llevado adelante por la Unión Europea se hace visible tanto entre potencias globales (Alemania, Francia y Gran Bretaña) como entre potencias medias (Dinamarca, Finlandia, Noruega).

Gráfico 2. Las grandes potencias son los principales emisores



Fuente: World Bank and Our World in Data

Gráfico 3. Potencias vs. emisión



Fuente: World Bank and Our World in Data

¿Qué juego están jugando Estados Unidos y China junto a las potencias globales en cuanto al clima? Cuando se firmaron la Convención del Clima, el Protocolo de Kioto y el Acuerdo de París, la fragmentación geopolítica acababa de ceder (1992), Estados Unidos parecía liderar un orden mundial desde una hegemonía benigna (1997) y Estados Unidos y China mostraban una disposición a ponerse de acuerdo y cooperar en el cuidado del ambiente (2015). En estos tres momentos clave de la cooperación climática internacional, la confianza entre las partes ocupó un lugar central en la conversación. En los tres momentos, también, la *raison d'état* dio paso a la *raison de système*, esa conciencia, identificada por Adam Watson (2013), que tienen los Estados acerca del interés en promover la sociedad internacional y sus instituciones para hacer que el sistema funcione.

Hoy el escenario es otro. El contexto internacional de los últimos años se ha vuelto cada vez menos proclive a la cooperación entre las grandes potencias. La pandemia de COVID-19 las dejó aisladas y distanciadas. La guerra en Ucrania agudizó la fragmentación geopolítica y la competencia por zonas de influencia. Los vínculos entre Estados Unidos y China están en su peor momento desde que se establecieron relaciones diplomáticas en 1979. La falta de cooperación entre los dos mayores emisores de carbono del mundo hace que la gobernanza climática global sea un desafío aún mayor. La pérdida de confianza se da también en la relación entre estos países y el Sur Global. Cierto, la competencia geopolítica puede acelerar la transición hacia formas más limpias de energía, pero eso sucederá principalmente en los países centrales, que son los que tienen la capacidad de invertir enormes sumas de dinero en subsidios y otros instrumentos fiscales. Un mundo con más restricciones económicas, regulación impulsada por la seguridad nacional y relocalización de cadenas de suministro será un mundo menos eficiente, con menos vasos comunicantes entre expertos, más inflación y más dificultades por parte de los países en desarrollo para acceder a tecnología que de otro modo estaría más disponible en un mercado global “libre de geopolítica”.

Lo que tenemos, entonces, son dos observaciones vinculadas. La primera es que la cooperación internacional climática se ha vuelto más difícil de hacer avanzar. Cada país evalúa ahora sus planes nacionales sobre acciones climáticas como parte de su seguridad económica más amplia, y construye alianzas en consecuencia. Hemos pasado de la cooperación a un juego de suma cero en donde las ganancias de un lado son vistas como pérdidas del otro. La interacción entre el cambio climático y la geopolítica pone en juego la relación entre la erosión del capital natural y la erosión de la confianza entre las grandes potencias. Será una dinámica que estará dada por mayores niveles de incertidumbre acerca del comportamiento del clima y del comportamiento de los Gobiernos a la hora de cooperar.

La segunda observación es que lo que estamos viendo en las grandes potencias y en las potencias globales son políticas más bien unilaterales que combinan subsidios y protección para el desarrollo de tecnologías renovables, invocando razones de competitividad, seguridad nacional y resiliencia en las cadenas de suministros. El auge de iniciativas unilaterales, como la Inflation Reduction Act (IRA), de Joe Biden, y el Mecanismo de Ajuste en Frontera por Carbono, de la UE, pone de relieve una realidad desconcertante: mientras que estas políticas son aplaudidas en el ámbito doméstico, provocan tensiones entre aliados y no logran necesariamente mayor efectividad a nivel global. El IRA, por ejemplo, con su ambicioso objetivo de reducir las emisiones y revitalizar la industria verde de Estados Unidos, ha sido recibido en Europa y Asia con recelo, y fue percibido como un proteccionismo encubierto. Lo mismo ocurre con las medidas de la UE que, aunque concebidas para combatir el cambio climático, generan resistencia fuera del bloque y podrían agravar las disputas comerciales.

Pero hay algo más estructural de fondo. Los incentivos internacionales han estado relativamente ausentes para que las grandes potencias identifiquen el liderazgo internacional con el cuidado del planeta. Más aún, para cualquier Gobierno del Norte Global, decir que es necesario ayudar a los países del Sur Global para salvar el clima no parece ser un autointerés muy inmediato. Mucho más inmediato es decir que el Gobierno va a subsidiar energías renovables en casa y que esos subsidios darán empleo a muchas personas del país. Como señala Robert Falkner (2021), a diferencia de lo ocurrido en seguridad internacional, comercio internacional o no-proliferación, las potencias no percibieron que el incumplimiento de sus compromisos climáticos dañaría su lugar en el orden internacional, sea por el impacto lejano que podría tener hacer algo, sea porque el daño ambiental se externaliza, desplazando las consecuencias del daño hacia otras sociedades.

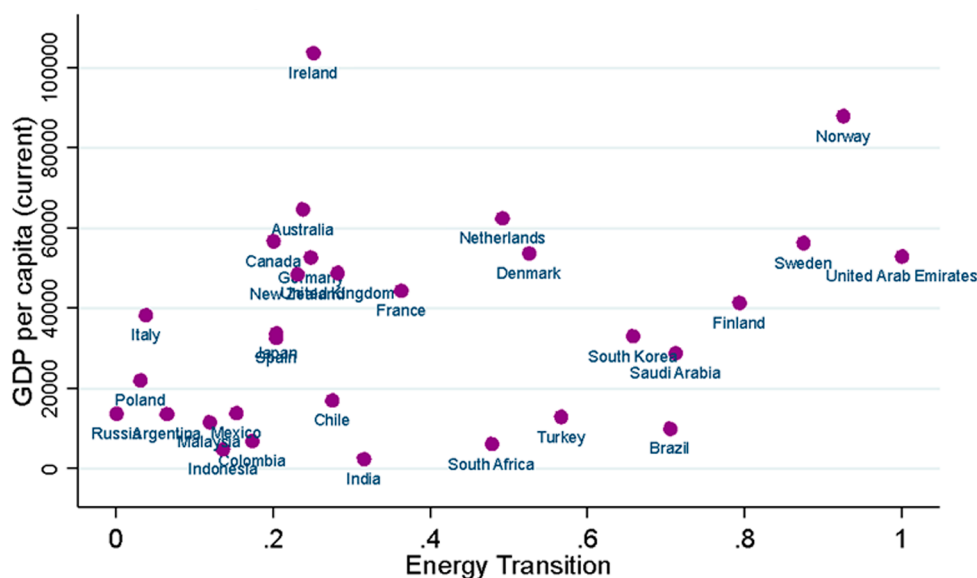
Por otro lado, observa Falkner, el patrón histórico muestra que las grandes potencias asumieron grandes responsabilidades cuando al hacerlo obtuvieron derechos especiales, entre ellos, tener un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y ejercer el veto; el derecho a la posesión de armas nucleares; el derecho a la intervención humanitaria bajo la norma de la responsabilidad de proteger o el derecho a elegir a los líderes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, además de influir en la elección de otros cargos de liderazgo de organismos internacionales. ¿A qué derecho especial han accedido hasta ahora las grandes potencias por sus compromisos ambientales? ¿Qué capa-

ciudad han tenido de moldear las preferencias climáticas de los países del mundo en desarrollo? Acá es donde entra a jugar el rol de las potencias medianas.

2. Las potencias medias frente al cambio climático

Las potencias medias son los operadores pragmáticos de la política internacional. No tienen la fuerza de las grandes potencias, pero sí el ingenio diplomático necesario para hacerse escuchar en las mesas globales. Su influencia no reside en el poder militar o económico, sino en su capacidad para forjar alianzas, mediar en conflictos y promover un orden basado en reglas que las beneficia. Se especializan en temas donde pueden marcar una diferencia —cambio climático, derechos humanos, seguridad alimentaria— y juegan un rol clave en mantener el equilibrio entre las ambiciones de las grandes potencias y las demandas del mundo en desarrollo.

Gráfico 4. Ingresos vs. transición energética



Fuente: World Bank and BTI Transformation Index

Dicho esto, ¿cómo les ha ido hasta acá a las potencias medias en materia de transición energética? Como se puede apreciar en el gráfico 4, se trata de un grupo de países con avances muy dispares en cuanto a la transición. El eje horizontal muestra los valores del pilar “transición energética” del Transformation Index de Bertelsmann Stiftung. Este pilar estima la contribución y la tasa de crecimiento en generación de energía limpia y renovable para cada país entre 2022 y 2023. Lo que se observa es que no necesariamente los países de mayores ingresos han sido los más transformadores en tanto países como Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Brasil están entre los seis países que más avanzaron con la transición en el período estudiado. Asimismo, países con altos niveles de ingreso per cápita, como Irlanda, Australia o Canadá, han demorado un avance más agresivo como se esperaría en función de sus ingresos. Argentina y Brasil ofrecen un contraste in-

interesante. Niveles similares de ingreso per cápita arrojan distintas trayectorias de transición. Cabe señalar que el cuadro es posicional y refleja la última medición del índice. En otras palabras, Dinamarca no está peor que Emiratos, simplemente este último ha crecido más en las renovables que aquella en el último año.

Otra forma menos coyuntural de mirar cómo se posicionan las potencias medias en la transición consiste en examinar el índice de desempeño ambiental (*Environmental Performance Index* o EPI). Se trata de un índice que utiliza 58 indicadores y clasifica a 180 países según su actuación en áreas como el cambio climático, la salud ambiental y la preservación de los ecosistemas. En el gráfico 5, que aparece a continuación, ubiqué a los países en el *ranking* del EPI y los crucé con la base de datos de Bailey, Strezhnev y Voeten (2017), los *ideal points*, que estima cuán lejos o cerca está cada país del orden liberal internacional liderado por Estados Unidos (valores más altos, más cerca) construido a partir de las votaciones en la Asamblea General de Naciones Unidas. Aquí surgen varias observaciones.

Gráfico 5. Clima vs. alineamiento político



Fuente: Environmental Performance Index and Bailey, Strezhnev and Voeten (2017)

En primer lugar, como se puede apreciar, Emiratos y Arabia Saudita aparecen abajo en los valores del EPI, lo que subraya que más allá de los esfuerzos notables en los últimos años, aún necesitan trabajar mucho más a lo largo de todo el tablero ambiental. En segundo lugar, países desarrollados como Corea del Sur y Estados Unidos aparecen bastante abajo de otros países desarrollados, incluso por debajo de países en desarrollo como Brasil en el caso de Corea del Sur. En tercer lugar, el gráfico es interesante porque arroja la existencia de dos dimensiones importantes para entender el contexto global. Por un lado, el índice de EPI coincide a grandes rasgos con niveles de desarrollo: los países más desarrollados quedan arriba del índice. Este posicionamiento subraya el clivaje norte-sur subyacente que ha mol-

deado buena parte de la política climática global. Por otro lado, los puntos ideales dividen entre países alineados con Occidente (todos con valores positivos) y países más distantes del orden liberal internacional (cerca del 0 o con valores negativos). Esto supone que estamos hablando de dos grupos bastante definidos: potencias medias desarrolladas, más “verdes” y más cerca de Estados Unidos, y potencias medias en desarrollo, más “marrones” y más lejos de Estados Unidos.

Pero la realidad es algo más compleja. La base de puntos ideales, que se ha utilizado recientemente en informes del FMI para examinar de qué manera los flujos de inversión se alinean con realineamientos geopolíticos, expresa, sin embargo, un cuadro algo distorsionado en tanto no siempre los alineamientos estratégicos con Estados Unidos se ven reflejados en el voto en Naciones Unidas. Colombia, por ejemplo, ha sido uno de los socios más privilegiados de Washington, pero en Naciones Unidas la diplomacia colombiana supo mostrar un posicionamiento más sur y a favor de la no-intervención.

De este modo, el entramado geopolítico y el mapa del cambio climático no siempre convergen como cabría esperar. Argentina, aunque alineada con Estados Unidos en términos estratégicos, sigue rezagada en su transición hacia una economía verde. Australia, a pesar de su firme anclaje en el bloque occidental, afronta enormes desafíos para abandonar su dependencia del carbón, una historia que se repite en Japón. Incluso Canadá, país ejemplar en su alineamiento con Occidente, es duramente criticado por su insuficiente financiamiento para el clima, según el *Climate Action Tracker*. En Brasil, la ambigüedad es doble, tanto en lo geopolítico como en su política climática, mientras que Colombia, aunque mira hacia el Sur Global, parece decidida a virar hacia un futuro postpetrolero.

A pesar de sus desafíos internos y las presiones geopolíticas a las que se enfrentan, las potencias medias pueden ser los actores necesarios para reequilibrar un sistema internacional fracturado. Hay cuatro ámbitos en donde las potencias medias podrían tener un rol destacado. En primer lugar, las potencias medias tienen una oportunidad única para influir en la formulación de normas globales sobre energías limpias. Países como Australia, Canadá o Corea del Sur, que ya tienen experiencia en políticas de transición energética, pueden actuar como líderes en foros multilaterales (como la Agencia Internacional de Energías Renovables) para definir estándares técnicos, regulaciones ambientales y mecanismos de cooperación internacional. Al hacerlo, podrían ayudar a alinear los intereses globales y facilitar acuerdos que permitan la adopción masiva de tecnologías limpias. Además, atendiendo a la división norte-sur existente, las potencias medias en desarrollo, como Brasil o Chile, pueden abogar por que estas normas reflejen las realidades de los países del Sur Global, asegurando que no queden excluidos por barreras regulatorias o tecnológicas impuestas por las grandes potencias.

En segundo lugar, está la participación en la cadena de suministro de minerales críticos: la demanda de cobalto, cobre, litio, níquel y tierras raras se disparará a medida que crezca la electrificación de la economía global. Potencias medias en desarrollo como Argentina, Brasil o Chile, con vastas reservas de estos minerales, tienen la posibilidad de jugar un rol central en la cadena de suministro global. El desafío, sin embargo, es ir más allá de la simple extracción de recursos y avanzar

hacia el procesamiento y refinación local, con el objetivo de agregar valor antes de la exportación. La integración en la cadena de suministro podría hacer que estas economías ganen mayor relevancia geopolítica, pero también enfrentan presiones de potencias más grandes que buscan asegurarse el acceso a estos recursos clave.

En tercer lugar, países como Corea del Sur, Malasia o incluso México, hoy beneficiado por el *nearshoring*, tienen la capacidad de consolidarse como centros de producción de bajo costo para componentes esenciales en la transición energética, como el polisilicio (para paneles solares) y semiconductores (para baterías y vehículos eléctricos). Esto les permitiría diversificar sus economías y reducir su dependencia de exportaciones tradicionales. Sin embargo, en este terreno, la competencia geopolítica puede ser intensa, dado que grandes potencias como Estados Unidos y China buscarán controlar las cadenas de suministro de tecnologías críticas. Aquí, las potencias medias pueden aprovechar su neutralidad relativa y su capacidad para ofrecer una manufactura competitiva sin quedar atrapadas en la rivalidad directa entre las potencias mayores.

Finalmente, está la producción y la exportación de combustibles bajos en carbono. Las potencias medias con abundantes recursos naturales también están bien posicionadas para ser líderes en la producción de combustibles bajos en carbono, como el hidrógeno verde y el amoníaco. Australia, Brasil y Chile, por ejemplo, ya han comenzado a desarrollar proyectos importantes en este ámbito. La Argentina viene rezagada, pero su potencial para hidrógeno verde a partir de energía eólica en la Patagonia es notable. El hidrógeno verde puede ser una alternativa clave para descarbonizar sectores difíciles de electrificar, como el transporte marítimo o la industria pesada. Estos países pueden no solo satisfacer su propia demanda de energía limpia, sino también exportar estos combustibles a mercados internacionales, consolidándose como actores estratégicos en la nueva economía energética. La capacidad de generar combustibles a bajo costo, combinada con una creciente demanda global de energía limpia, les proporciona una ventaja significativa en un mundo donde las tensiones por los combustibles fósiles están cambiando de forma.

Conclusión

A partir de lo analizado, estas oportunidades no están exentas de desafíos. La transición hacia la descarbonización requiere infraestructura y tecnología avanzada para explotar los recursos de manera eficiente y sostenible. Esto implica el desarrollo de plantas de procesamiento de litio, la producción y transporte de hidrógeno verde y la integración en las cadenas globales de suministro de tecnologías limpias. Esto supone una inversión de capital de proporciones. Supone, también, contar con regulaciones modernas alineadas con las preferencias sociales de inversores institucionales que promueven normas ESG.

Más allá, nada de esto será posible sin incentivos y políticas públicas nacionales proactivas para atraer inversiones y desarrollar los sectores de energías limpias. Países como Australia han comenzado a diseñar marcos regulatorios favorables para el hidrógeno verde, pero la continuidad de estos esfuerzos dependerá de la

estabilidad política y el consenso sobre la transición energética. En el caso de Argentina, los desafíos macroeconómicos y las fluctuaciones en las políticas energéticas pueden ser un obstáculo.

A su vez, la demanda global de recursos críticos como el litio y el hidrógeno verde no solo estará impulsada por el sector privado, sino también por la competencia geopolítica. Las potencias medias pueden beneficiarse si logran posicionarse como proveedores confiables en las nuevas cadenas de valor de la energía limpia. Sin embargo, también enfrentarán presiones de potencias mayores como China o Estados Unidos, que buscan asegurar su acceso a estos recursos.

Finalmente, la descarbonización también generará tensiones locales, como el uso del agua en zonas donde se extrae litio o el impacto ambiental de la minería. Las potencias medias deberán encontrar un balance entre la explotación de sus recursos naturales y las demandas sociales de sostenibilidad y desarrollo inclusivo.

En resumen, las potencias medias tienen una ventana de oportunidad significativa para beneficiarse de la descarbonización global y promover una conversación más global sobre la mitigación y la adaptación, además del financiamiento climático. Sin embargo, el éxito no está garantizado y dependerá de su facultad para construir capacidades industriales, adoptar políticas coherentes, lidiar con un entorno geopolítico competitivo y gestionar adecuadamente las tensiones sociales y ambientales asociadas con la transición energética.

Referencias

Bailey, M. A., Strezhnev, A. y Voeten, E. (2017). Estimating dynamic state preferences from united nations voting data. *Journal of Conflict Resolution*, 61(2), pp. 430-456. <https://www.jstor.org/stable/26363889>

Beckley, M. (2018). The power of nations: Measuring what matters. *International Security*, 43(2), pp. 7-44. https://doi.org/10.1162/isec_a_00328

Crawford, N. (2022). *The pentagon, climate change, and war: Charting the rise and fall of US military emissions*. The MIT Press.

Falkner, R. (2021). *Environmentalism and global international society*. Cambridge University Press.

Patrick, S. (2022, 28 de noviembre). To prevent the collapse of biodiversity, the world needs a new planetary politics. Carnegie Endowment for International Peace. Working Paper. <https://carnegieendowment.org/research/2022/11/to-prevent-the-collapse-of-biodiversity-the-world-needs-a-new-planetary-politics?lang=en>

Watson, A. (2013). *Diplomacy: The dialogue between states*. Routledge.